PRÓLOGO

I

La preocupación intelectual representa en la vida el equivalente masculino de la preocupación, fundamentalmente femenina, de la elegancia. Suelen olvidarlo los clasificadores de los motivos vitales según los sexos, ejercicio antiguo y provechoso al que se alude, texto abajo, en este libro. Claro es que el varón no queda excluido de la aspiración a lo elegante, que es uno de los más poderosos motivos del progreso humano; y, por ello, surge invariablemente al día siguiente de la ruina y del caos y con gracioso y leve gesto, señala a la humanidad embrutecida el camino de la civilización. Que la mujer puede sentir, en la misma medida que el hombre, la preocupación intelectual, es de sobra sabido. Ningún ser humano tiene, en suma, en ninguno de sus aspectos, un sentido exclusivamente femenino ni masculino puesto que todos salimos del mismo molde bisexual, como en estas páginas se recuerda: y no se trata de un concepto un tanto arbitrario, de ensayista original, como se creyó cuando Weininger lo lanzara a la circulación, sino rigurosa verdad biológica, hoy universalmente aceptada e indiscutida.

Pero admitido el que la heterosexualidad es sólo un acento, y no más, sobre la bisexualidad común, es indudable el sentido agudo, femenino, de la elegancia, suave, alada, imprecisa, frente al sentido grave, masculino, razonador, concreto de la preocupación intelectual.

Este cotejo entre la preocupación de la elegancia, a la que Isabel la Católica daba suprema categoría, y la preocupación intelectual, nos aclara el que ambas se parezcan en su perennidad. Los temas intelectuales, como éste de las generaciones, que el libro de Díaz-Plaja desarrolla de un modo magistral, tendrán eter-

namente actualidad, aun siendo siempre semejantes a sí mismos, como la tienen también los más parciales aspectos de la preocupación por la elegancia, aunque la línea general de ésta sea la misma desde que el hombre empezó a sentirse hombre hasta el día de hoy. Y esto se explica porque el interés por la elegancia, que representa la superación de la forma hacia el ideal de la belleza; o por la divina fluctuación del pensamiento, dependen, en cada instante, de su contraste con la actualidad. Cada día que pasa, hace que esos valores, eternos en su esencia, renazcan con apariencias nuevas.

He aquí el ejemplo de la generación del 98. Es sólo un aspecto limitado del eterno tema de la evolución del pensamiento a través de los tiempos y de la influencia recíproca entre la idea y la generación. Y esa limitación se contrae aquí, todavía más, a un pequeño grupo de hombres, en horas que ya empiezan a ser lejanas. Nada de ello obsta para que la bibliografía sobre la famosa generación y su influencia sea incontable. Cada nueva coyuntura importante de la vida española, la hace revivir; y la actual no podía menos de incitar a una nueva hornada de artículos y de monografías. Algunos de los publicados últimamente sugirieron a los críticos de plantilla la consabida observación de que habían «agotado el tema». Era fácil prever que no. El argumento de la generación del 98 no es una anécdota que se cuenta y se archiva, sino un hecho vivo, lleno de resonancias, que se renuevan cada vez que se le hace sonar, como una onza de oro, sobre el mármol de la actualidad; la cual, por no ser nunca igual, arranca ecos distintos a la misma moneda.

II

Lo que da interés singular a la nueva contribución de Guillermo Díaz-Plaja es, en primer lugar, la personalidad del autor, que se halla en el momento de la plenitud de sus talentos, de escritor, de investigador y de maestro. Pertenece Díaz-Plaja a la especie del intelectual puro que la evolución de los tiempos parece que va a aniquilar; y que por eso mismo tiene cada día un valor más acendrado, y, en ocasiones, heroico.

Y esto nos lleva a la primera de las meditaciones que sugiere el libro que ahora, frente a un mar otoñal maravilloso, acabo de

leer. ¿Qué lugar —nos preguntamos—, qué lugar tiene el intelectual en la vida moderna, jadeante de quehaceres inaplazables, henchida de necesidades prácticas cuya solución requiere todo nuestro empuje y nuestra inventiva? Porque pocas cosas caracterizan la evolución de la sociedad humana como la aparente limitación del prestigio intelectual. Hasta el siglo XIX, el mundo se ha nutrido del pensamiento de unas docenas de escritores y pensadores, cuyas ideas, cuyas frases, con su firma al pie, servían de guía o de justificación para cuanto se hacía o se intentaba. Mas he aquí que va a hacer más de un siglo que no hay nuevos platones ni aristóteles, ni dantes, ni descartes, ni Padres de la Iglesia como San Agustín, que añadan su autoridad a la de aquellos grandes faros de la inteligencia. El libro farragoso de cualquier novelista norteamericana, tiene, es cierto, en un solo año, muchos más lectores de los que tuvo nunca Séneca; pero cuando el tren entra en la estación de llegada y abandonamos sobre el asiento la novela que habíamos comprado, para acortar el viaje, en la estación de salida, ya no volvemos a recordar nunca el nombre de la autora; ni una sola de sus frases volverá a nuestros labios, como un reflejo, sin que la llamemos, en cada momento de dolor o de dicha, como vuelven todavía los versos de Horacio o de Fray Luis. Esas alas, que hacen que el pensamiento vuele por el vasto espacio de los tiempos, en las que va escrito con letras luminosas, un nombre insigne, ya no las tiene el pensamiento actual; y no por culpa suya; es que la vida es así, y como es la tenemos que aceptar.

De modo que cuando el hombre de hoy siente que se desborda su pensamiento y recogido ante un papel blanco, se dispone a escribir, le falta, casi siempre, por alta que sea su categoría, ese supremo estímulo que es la esperanza de ser oído lejos, en la lejanía del tiempo: que la lejanía geográfica sólo tiene secundario interés. Pero esta decadencia es aparente. El intelectual, en la sociedad de hoy, parece haber perdido, a pesar del posible éxito momentáneo, la rectoría y el renombre permanentes; pero el pensamiento sigue moviendo al mundo desde sus centrales anónimas. Jamás se extinguirá la egregia dinastía de los hombres que viven dedicados, con acérrimo amor, al culto de pensar y de decir. No hablo del que escribe por escribir, oficio que naturalmente se extiende, como el de hacer zapatos, a medida que la humanidad es más copiosa; sino al intelectual puro, cuyo fin es la fruición de crear ideas o hermosas palabras; y que sirve a ese fin, con un

desinterés soberano, de riguroso sacerdote, aun cuando, como éste, tenga que vivir, austeramente, de su altar.

El tremendo auge de las necesidades materiales, de los inventos que amplían la dinámica y los sentidos del ser humano, ha obligado a la llama del pensamiento a esconderse detrás de las inquietudes de cada día, y allí está brillando, a intervalos, apenas advertida de los que no la sirven con su sacerdocio o con su devoción. Pero los millones y millones de gente que ignoran que la lucecita sigue ardiendo, viven, sin embargo, de su tenue fuego y de su balbuciente resplandor. Ellos mismos no lo saben, pero es así. Y porque es así, cuando veo que un hombre inteligente y lleno de aptitudes, en lugar de inscribirse en la cucaña o la rebatiña de la vida de acción, escribe, en la paz de su soledad, sobre un tema tan soberanamente romántico como las generaciones literarias, le saludo, aunque vaya a pie y sin escolta, con el máximo respeto.

III

De cómo Díaz-Plaja desarrolla el tema de las generaciones, nada puedo decir yo, fuera de mi cordial conformidad y de mi aplauso. Con relación a los otros libros que conozco sobre este mismo problema hay, sin embargo, en el de Díaz-Plaja algunos aspectos interesantes que comentar.

Uno, es la historia, sabiamente recogida y analizada, de los antecedentes no sólo literarios, sino humanos de la generación del 98. Esto era necesario presentárselo al lector actual, exhumando los textos de la época previa; y no sólo los de los hombres representativos, sino la opinión del plumífero de categoría media o el gesto de los transeúntes que se conserva, para el que sepa encontrarlo, en las columnas anodinas de revistas y periódicos populares. Sólo por este estudio tendría el libro que comento máximo interés.

IV

Pero el comentario principal es el que plantea el tema estricto del libro, a saber, la diferencia, y el antagonismo, entre la generación del 98 y el Modernismo. Convencen los argumentos a favor de que ambas inquietudes colectivas se han considerado, acaso por falta

de perspectiva cronológica, como si fueran una sola. Aunque, a veces, cuando se ahonda en lo que los médicos llamamos el diagnóstico diferencial, llegamos a zonas en las que se presiente una raíz común.

Mas hay una diferencia esencial entre las dos actitudes, la del noventayochista y la del modernista, que basta para separarlos, no sólo como entes vitales, sino como generadores de inquietud, y por lo tanto de progreso, en la vida subsiguiente de España; y esa diferencia, que Díaz-Plaja se cuida de señalar desde la primera página de su libro, es que la generación modernista representaba una simple modalidad estética, retórica; mientras que la generación del 98 no fue sólo una generación literaria, sino que su obra estaba llena de profundo, de trascendente sentido político.

Esta generación no sólo hizo ensayos, novelas, dramas o versos (de éstos, pocos), sino que realizó un formidable esfuerzo científico; e hizo, además, política, la mejor, la más eficaz, la que no surge de la fuente inexorablemente limitada y transitoria de la vida oficial, sino del manantial perenne del pensamiento y de la conducta de los hombres.

Esto es lo que, sin duda alguna, da una categoría no igualada por las demás, a la generación del 98. Mejor dicho, esto es lo que la da categoría de generación. Porque si hablamos con sinceridad, todas las pautas de orden cronológico, temático, antropológico, etc., que se han propuesto para caracterizar a las generaciones, y que en este libro se examinan, con interesantes aportaciones originales, todas estas pautas, tienen un valor muy parcial. Y la prueba es que, cuando surge una generación «de verdad» —no encuentro otro adjetivo más exacto— como lo fue la del 98, todo el mundo la reconoce aunque puedan discutirse sus límites, su sentido y su calidad; mientras que las otras, las artificiosamente creadas con esta o con la otra receta, las que pudiéramos llamar generaciones artificiales, tienen una realidad pasajera, que en breve tiempo se desvanece y olvida.

V

La del 98 fue una generación verdadera, porque en ella se unió al hecho cronológico indudable (aunque sus límites pueden dilatarse o estrecharse a capricho), una reacción política, en su sentido noble y general; en su sentido, no de querer derribar, actuar, susti-

tuir y mandar, sino sólo criticar dura y libremente —sin libertad no hay posibles generaciones eficaces— no a un gobierno sino a un modo de vida nacional, cuyas raíces se disecaron valerosamente, sin dengues tradicionalistas, hasta lo más profundo de nuestra Historia.

Por esto, porque tuvo un ímpetu político y no sólo una preocupación literaria, es por lo que me parece imprescindible para su comprensión el no olvidar, al lado de los grandes literatos de la generación noventayochista, a todos los demás que no fueron escritores solamente o que fueron, decididamente, otras cosas. Obsérvese ahora, y esto es fundamental, que la emoción política de los hombres representativos de la generación no tuvo, como después se ha dicho, una determinada tendencia dentro de la actualidad española. Ninguno de estos grandes movimientos generacionales la ha tenido. Lo esencial es la emoción, la inquietud; y el signo de ésta no sólo puede ser distinto de unos individuos a otros, sino que en el mismo individuo ese signo puede cambiar. Y esto es lo que diferencia radicalmente a la política de las generaciones verdaderas, llena de santa contradicción —la cual, exige la libertad— frente a la política de partido en la que, todos piensan, dentro de cada grupo, lo mismo; y su orgullo consiste, como antes se decía, simplificando una frase de Gambetta, en «no cambiar de camisa», operación pasiva y no pulcra, para la cual la libertad no hace ninguna falta.

Unamuno y Ganivet fueron liberales moderados. En un ambiente menos ñoño y pacato que el de España, hubieran pasado por hombres de derecha. Baroja fue y ha sido siempre un estupendo individualista y, por ello, hasta los huesos, español. Azorín, *izquierdista en las horas de mozo, evolucionó hacia una amplia, moderada, posición conservadora, por lo que le zarandeó la crítica de los necios, de la izquierda y de la derecha. La misma evolución pero mucho más rotunda, si se quiere escandalosa, porque así lo exigía su temperamento, acaeció en Maeztu, revolucionario, encorajinado, durante toda su juventud, hasta entrada la madurez —de «mi paso por los infiernos», le oí calificar, varias veces, esta época—; y en la segunda mitad de su vida, peregrino a la inversa del mismo camino, recorrido, con la misma noble sinceridad, que le llevó hasta el previsto martirio. En Antonio Machado, la preocupación liberal idealista, de su juventud, se acentuó, dentro de normas permanentes, tan clásicas como sus versos, hasta que murió, fuera de España. Su contradicción fue su hermano, Manuel, que era como una parte de sí mismo. Todos los grandes escritores que he nombrado gozan*

hoy de esa forma editorial de la inmortalidad que son las Obras Completas; *y, en ellas, lo que más conmueve es seguir la evolución de sus pensamientos, unas veces en parábolas de regularidad solemne, otras, en círculos contradictorios, pero siempre girando en torno de una preocupación central que era el amor a España.*

Sólo he citado a los hombres de letras representativos de la generación. Iguales consideraciones podrían aplicarse a los de segunda fila. Pero la generación tuvo, además, sus ensayistas decididamente políticos, como Macías Picavea, cuyo libro, por certero y honrado y por bien escrito, merecería que los críticos de hoy le leyeran y estudiaran como los de Unamuno o Ganivet. Y tuvo, en fin, políticos de acción, como Costa, una de las figuras más típicas del pensar de la época; y, sin embargo, casi nunca nombrada cuando se habla de la generación del 98; figura cuya eficacia ha sido tal, que aun hoy, a pesar de que la «consigna» retórica de la política es la contraria de la suya, es decir, abrir de nuevo el arca del Cid, en la política práctica las normas son, en gran parte, una adaptación actual de las que predicó aquel aragonés de conciencia intacta. Yo recuerdo una larga conversación, que en una casa donde nos reunió el azar, pocos días antes de la revolución, tuve con José Antonio Primo de Rivera, una de cuyas más altas virtudes era su reacción de generosa cordialidad frente a los que no pensaban como él o tenían en el escaparate otra etiqueta que la suya. Me refirió, con verbo entusiasta, sus proyectos —él los llamó sus «sueños»— sobre una reorganización de la vida española; y cuando terminó yo le dije, y bien sabe Dios que como el mejor elogio: «Todo eso a lo que más se parece es a la política de Costa.» Algún día contaré lo que él me respondió.

Para completar el sentido político de la generación del 98 hay que añadir dos observaciones más. Una, el que buena parte de ese sentido político, de apariencia pesimista pero lleno de crítica constructiva, porque estaba imbuida de Historia, se encuentra, casi idéntico, en un hombre que murió el año antes de nuestra pérdida colonial, pero que debe considerarse como uno de los más genuinos precursores y profetas del 98. Me refiero a don Antonio Cánovas del Castillo (1). *Gabriel Maura, denominado «el bautista de la gene-*

---

(1) Como escribo sin libros, no recuerdo si Melchor Fernández Almagro, máximo conocedor de Cánovas y del 98, ha tratado de la relación entre uno y otra.

ración del 98», está dentro de su círculo a pesar de la cronología y de otras cosas; no poco de lo que ha escrito, lo hubiera escrito también —y con estilo no muy diferente— Cánovas, de haberle dejado aquel asesino demente vivir diez años más. La otra observación es que, en la práctica gubernamental, el prototipo del sentido político del 98, del recogimiento de España en sus realidades modestas, fue otro político español inmediato al desastre, don Raimundo Fernández Villaverde.

Ambos ejemplos demuestran que el espíritu de las auténticas generaciones brota espontáneamente, como sembrado por mano misteriosa, en diversos sectores humanos que pueden no tener nada que ver entre sí. Una generación, como un ser humano cualquiera, no puede comprenderse bien sin tener en cuenta no sólo a ella, sino a sus padres y a sus hijos.

VI

Hablemos ahora de otros aspectos de la generación noventayochista. Hubiera sido ésta una más de las que se han querido crear y han muerto apenas bautizadas, si en su sentido renovador no hubiera cabido la preocupación científica. Sobre esto he escrito varias veces, y recientemente en mi libro acerca de Cajal. Cajal, por su edad, por sus inquietudes políticas y sociales, por los matices de su españolismo, por su literatura y por los modos de su obra científica es, quizá, el más puro representante de la generación del 98. El hundimiento colonial le sorprendió, no en los cafés de Madrid, sino de soldado, en Cuba; y allí, en el meollo de la tragedia, surgieron, a la vez, su preocupación y su genio; porque el talento nace con el individuo, pero al genio lo crea una circunstancia. La influencia directa, personalísima, y por lo tanto muy 98, de Cajal en el progreso de la Medicina y de todas las ciencias biológicas, desde su tiempo hasta hoy, no hay para qué encarecerla. Y no sólo sobre la Biología, sino sobre todas las actividades científicas. Sus Reglas y Consejos al Investigador, *base y símbolo de su eficacia, las dictó desde una tribuna no precisamente biológica, la de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Y el instrumento permanente de esa eficacia fue la* Junta de Ampliación de Estudios *de la que fue iniciador y alma, y cuyo espíritu, con las naturales adaptaciones a los tiempos nuevos, persiste en la obra,*

absolutamente digna de admiración, del actual Consejo de Investigaciones Científicas.

Con la Medicina resurgieron, pues, por los mismos días en que el pensamiento de los literatos y ensayistas del 98 inquietaba al mentalmente sosegado español, las otras ciencias, y muy particularmente las filológicas e históricas, que son hoy una de las cimas permanentes que, desde lejos, se ven sobresalir del panorama hispánico. Con mayor o menor violencia de la cronología, pero, en el fondo, con indudable razón, se ha incluido en la generación del 98 —lo mismo que a Ortega y Gasset y a Pérez de Ayala— al señero patriarca de ese renacimiento de nuestra Historia dentro de las normas modernas, don Ramón Menéndez Pidal; a propósito de cuya insigne obra no está de más observar, como una más de las vitales inquietudes, a veces con dejo de contradicción, de la generación que comentamos, que ha sido él el que ha vuelto a abrir el arca del Cid que cerraron otros de su tiempo; si bien, no para convertir al condotiero castellano, como antaño se hacía, en tema de frases hechas para arengas o editoriales de periódico, sino para algo más trascendente que es conocerle, lo cual equivale a quererle y no abusar de él; porque no se abusa nunca de lo que, en verdad, se ama y se respeta.

Tampoco suele citarse, en muchos de los arqueos publicados sobre el debe y el haber de la gran generación, o, por lo menos, no se le cita con su categoría justa, a uno de sus más puros e insignes representantes, a don Manuel Bartolomé Cossío, que dio forma perdurable a una de las preocupaciones características del 98, la del Greco. *Su libro es no sólo un monumento de sensibilidad y de arte, sino la piedra angular de la lucida floración de críticos e historiadores de las Bellas Artes, que, aun hoy, constituyen uno de los aspectos más lucidos de nuestra actividad intelectual. En todos ellos está Cossío presente, como Cajal en los hombres de ciencia, incluso en los que le olvidan.*

VII

Pero aún hay, creo yo, algo más, que define a la generación del 98, y es su admirable honorabilidad y desinterés. Nada hay en el mundo que ejerza una influencia duradera sin tener recta la columna vertebral. No quiero insinuar, con esto, crítica alguna, en el vidrioso aspecto de la ética, a las demás generaciones que, antes y

después del 98, se han sucedido, con varia fortuna, pero sin lograr mantener un eco permanente en la vida de España. Lo que afirmo es que aquellas virtudes tuvieron, en la generación del 98, singular calidad y sobre todo sentido colectivo; y esto es lo esencial; porque lo que importa no es que haya algunas personalidades íntegras, sino que casi todas lo sean, como una cosa natural. Tuvieron, en fin, aquellos hombres un claro acento de lo que constituye la gran virtud del varón eficaz que es la gravedad, virtud esencialmente masculina, opuesta a la femenina de la frivolidad, tan común en la fauna de los plumíferos.

Todos los grandes representantes de la generación, los mismos que, como tales, cita Díaz-Plaja —Unamuno, Ganivet, Baroja, Azorín, Maeztu, Antonio Machado—, fueron o son hombres no sólo de inmaculado desinterés, sino de intachable gravedad de conducta. A otro de los que se olvidan, al glorioso catalán Maragall, le admiramos hoy, tanto por sus versos como por su vida, pura como la de un santo. Uno solo de ellos, Maeztu, ocupó un cargo público en la segunda etapa de su vida; una Embajada, que puede ser siempre, y en él lo fue, una noble misión intelectual.

VIII

Todo esto da idea de estructura recia, permanente e inconfundible, en la generación del 98. Lo esencial para que una generación cualquiera pueda lograr su misma categoría, es algo que no depende de la voluntad de los hombres, a saber, la influencia, la sacudida de una gran coyuntura histórica. Esta influencia, triste y a la vez fecunda, existió en aquella fecha. Después, no ha vuelto a suceder nada de su magnitud hasta la revolución de 1936. Estos días he leído en una gran publicación extranjera un cotejo entre las dos generaciones: 1898-1936. De las que, en medio de ambas, se han ido sucediendo, nada dice el autor y, en realidad, nada hay que decir; porque todas han vivido de la sustancia del 98, incluso las que la han querido negar. De la generación del 36 nada puede decirse todavía, porque las circunstancias han impuesto que la falte la condición esencial para que la generación exhiba su alma y pruebe, ante la Historia, su categoría: la libertad.

IX

Mucho contribuye a definir el problema el libro de Díaz-Plaja y, sobre todo, su delicada disección para separar el grupo del 98, del grupo modernista, que, por tener tantos planos de contacto, enturbiaba y confundía no pocos aspectos de la cuestión. Ahora se ve bien que el movimiento modernista, lleno de extraordinarios escritores —esta vez abundantes poetas, algunos ya inmortales— aparece como una magnífica fase más de nuestra historia literaria. Y a su lado queda, toda exenta, sobre el fondo de la Historia de España, la generación del 98, a la que no se puede poner un mote efímero porque tiene el sentido perdurable que distingue a las grandes obras humanas, el eternismo, *que dijo el gran rector de la generación, don Miguel de Unamuno.*

Vale la pena de esforzarse en comprender bien todo esto, al hilo de la sagacidad de Díaz-Plaja. En definitiva, lo esencial no es el tema sino el noble ejercicio de querer interpretar mejor, en cada tiempo nuevo, las preocupaciones de siempre. El cenáculo de los hombres, hombres en su sentido profundo, que absortos en su juego de ideas parecen ajenos al caudaloso vivir, es, ahora como siempre, el que, sin saberlo ellos ni los otros, está señalando el nuevo camino.

G. MARAÑÓN.

Saint-Jean-de-Luz, agosto 1951.